

DOSCIENTOS AÑOS DE HISTORIA DE CATALUÑA EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por RAMÓN DE ABADAL Y DE VINYALS

Cuando en 1729 se constituyó nuestra Academia con carácter anónimo, diósele «por principal objeto la Historia Sagrada y Profana, y con especialidad la de Cathaluña; pero entretejiendo los Assuntos con algunos de las Philosophias Natural, Moral y Política, y otros de Eloqüencia y Poësia». Con ello se precisaba una tendencia histórica predominante, en oposición al carácter más exclusivamente literario que tuviera la «Academia de los Desconfiados», predecesora de la nueva que entonces se constituía.

Fué esta nueva tendencia la que informó la consagración oficial de 1752. Los Estatutos que acompañan al «Real Despacho» del rey Fernando VI la definen concretamente: «la Acadèmia (tendrá) por fin principal de su Instituto — dicen en su artículo primero — formar la Historia de Cathaluña, aclarando aquellos puntos, que han querido contravertir, ó suponer ya el error, ya la malicia; deberá ser su primer objeto dirigir el trabajo de sus Individuos à la perfeccion de esta obra; y proponiendose igualmente, como fin secundario de su zelo, la instrucción de la Noble Juventud en la Historia Sagrada y Profana; Philosophía Natural, Moral y Política; Rhetórica y Poësia, se tendrá tambien muy presente esta importancia en la disposición de los Assumptos».

La Academia nacía, pues, como Corporación pública, bajo el signo de la historia, y determinadamente de la historia catalana. No es de extrañar este carácter si se tiene en cuenta que su animador y director era en aquellos momentos don José de Mora y Catá, Marqués de Llió.

Así se explica también que la primera obra académica fuese la titulada *Observaciones sobre los principios de la historia*, incluida en los volúmenes I y II de la *Memorias académicas*, publicados respectivamente en 1756 y 1868. Creyó la Academia que siendo «su

primer objeto la formación de una *Historia* completa de *Cataluña* era necesario previamente establecer «la práctica de un método uniforme en los trabajos Académicos, de suerte que la variedad de los *assumptos* no alteráse la unidad de las reglas fundamentales» y así «pidió á su Director (el Marqués de Llió) que sobre este principio, y con las noticias de sus muchas luces, estudio y experiencia, y con los materiales que los Individuos Académicos le subministrarian a tan importante fin, se sirviese coordinar unos *Elementos históricos* que fuesen como la basa sobre que estribassen las dissertaciones de nuestros Profesores».

«Esta ocupación del Director — se nos dice — empezó cuidado, prosiguió estudio, y acabó desvelo.» Dividía el autor su obra en tres partes que debían componer otros tantos tomos. El 1.º «incluye los Capítulos de los *Autores impresos* y de los *Manuscritos*, con las divisiones que corresponden para tratarlos methodicamente». El 2.º «comprenderá el Tratado o Capítulo de la *Tradición*, y el de los *Instrumentos* con una Dissertación Histórica de los *Sellos* que han usado nuestros Soberános desde el Rey Don Pedro Segundo de Aragón y Primero de *Cataluña* hasta nuestro Augustissimo Monarcha» y debía acompañarse de diez y nueve láminas ofreciendo una «completa colección de *Sellos* sacados de los más respetables Archivos». El 3.º «y último Tomo tratará de las *Monedas y Inscripciones*». «Todo con el fin de que con estos autorizados medios se zanjen é ilustren los cimientos del hermoso edificio de la *Historia*, que debe ser el primer blanco de la aplicación y zelo de la Academia.»

El autor atendía no sólo al fondo, sino a la forma de su obra: «El estilo — nos dice — atendida la naturaléza de la materia árida y abstrahida, se há procurádo que fuese medio entre el humilde y sublime, inclinándose mas á este quando el *assumpto* lo permite; pero siempre cifrado en la naturalidad sin desaliño, y con algun adorno».

Como puede verse por el programa, la obra inicial académica pretendía ser un tratado completo de metodología histórica con la aportación de sus ciencias auxiliares. Desgraciadamente quedó incompleta; el Marqués de Llió moría a los pocos años de su iniciación, en 1763, dejando publicada su primera parte de metodología sobre los *Impresos* y los *Manuscritos*, con interesantes adiciones de paleografía y de lingüística, y redactado el capítulo sobre la *Tradición* histórica, de la segunda parte, que no vería la luz hasta un siglo más tarde, en 1868, en el volumen II de las *Memorias de la Academia*.

A pesar de ser fragmentaria, la obra de Llió es algo impresionante por la época de su composición. Menéndez y Pelayo, en sus

Ideas Estéticas, pudo decir de ella: «fué un magnífico tratado de crítica historial, obra de muy diverso objeto que las antiguas artes históricas de Fox Morcillo, Costa, Luis Cabrera y Fray Jerónimo de San José, puesto que éstas más bien versaban sobre la materia de la historia, al paso que el libro de la Academia Barcelonesa contiene reglas y documentos, no para escribir artísticamente la historia, sino para indagar la verdad de los hechos en su punto de valor de los testimonios. La obra del Marqués de Llió, muy superior al *Marte crítico* del P. Segura, publicado algunos años antes (1737), es uno de los más brillantes testimonios del positivo adelanto de la cultura española a mediados de la centuria pasada, adelanto que, por lo que toca y pertenece a la crítica historial, debe atribuirse, tanto o más que a los ejemplos extranjeros, a la tradición indígena, nunca interrumpida, de los Nicolás Antonio, Lucas Cortés, Mondéjar, Bergamos, Ferreros y Flores». Por su parte el P. García Villada tilda la obra del Marqués de «único tratado de metodología histórica de nuestra región, que recuerda por su tendencia el trabajo muy anterior de Bodin, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (Paris, 1666), y el de Lenglet du Fresnoy, *Méthode pour étudier l'histoire* (Paris, 1713)».

Las dos críticas llevan su parte de razón. El Marqués de Llió fué un erudito completo, amplio conocedor de toda la literatura histórica y metodológica de su tiempo. Había viajado por todas las grandes capitales europeas: París, Londres, Amsterdam, Viena, Turín, Roma. Conocía el francés, alemán, italiano, a más de ser un buen latinista. En Madrid había concurrido a las sesiones de la flamante Real Academia de la Historia y escuchado allí las sabias disertaciones del P. Flórez. En las notas a sus *Observaciones sobre los principios de la historia*, compuestas por cierto con un espíritu de modernidad que supera a menudo las ingenuidades de la época que trascienden en el texto, desfilan todos los grandes tratadistas de su tiempo y los fundamentales, aún hoy, del siglo xvii. Entre los extranjeros conoce las obras de Bodin, de Lenglet de Fresnoy, de Labbé, Papebroch, Bolland, Mabillon, Ducange, Baluze, de Marca, Montfaucon, Calmet, Tillemont, Caseneuve, los historiadores del Languedoc; Muratori, Fontanini, Poggi, los cardenales Baronio y Belarmino, Maffei; los españoles Nicolás Antonio, Mayans y Siscar, Antonio Agustín, Aguirre, Mondéjar, Morales, Pérez Bayer, Zurita, Alderete, Briz Martínez, Ferreras, Terreros, Miguel de San José, P. Feyjoo, etc., y, excuso detallar, todos los historiadores que se habían ocupado de Cataluña.

Con la temprana muerte del Marqués de Llió los ambiciosos planes de nuestra Academia se desvanecieron. Fué, por otra parte, el sino de la mayoría de las grandes empresas diplomáticas del tiempo. El gran «Cuerpo diplomático español» que proyectara la Real Academia de la Historia de Madrid bajo la dirección del P. Andrés Marcos Burriel; la más limitada «Colección de documentos, manuscritos, inscripciones y monedas para la primitiva historia de Aragón» que Abad y Lasierra propusiera a Campomanes en 1773; los «*Sacrae antiquitatis Cathaloniae Monumenta*» que emprendieron los padres Premonstratenses de Bellpuig de les Avellanes; el mismo Diplomático general para la Historia de Francia que a últimos del XVIII se inició en París, no llegaron nunca a completa realización. De los grandes trabajos preparatorios a que dieron lugar han quedado no obstante los ricos materiales reunidos en las Colecciones manuscritas, respectivamente: de Burriel y de Abad y Lasierra, en la Biblioteca de la Academia de la Historia; del P. Pasqual en la de Cataluña; de Moreau en la Nacional de París. Canteras inapreciables hoy día que nos conservan tantos monumentos cuyos originales se perdieron luego a través de revoluciones, guerras y descuidos.

* * *

Se desvaneció, pues, el sueño algo utópico del Marqués de Llió sobre el trabajo conjunto académico de creación de una Historia de Cataluña, sueño que fracasó aún en sucesivos intentos durante el XVIII, muertos al nacer. Iba a cambiar el carácter de la docta Corporación: en lugar de ser foco de creación conjunta se convertiría en lazo de relación y contacto entre los sabios dedicados particularmente a los trabajos históricos. La historia pasaría a ser, no la obra de la Academia, sino la de los académicos.

Durante el mismo siglo XVIII tres de éstos brillan intensamente en su especialidad: el premonstratense P. Caresmar, don Antonio de Capmany y de Montpalau y el padre jesuíta Juan Francisco Masdeu.

Del padre Jaime Caresmar, nacido en Igualada en 1717 y muerto en Barcelona en 1781, se ocupa especialmente el P. Vives como cultivador que fué, preponderantemente de la Historia eclesiástica. Aquí sólo nos compete apuntar de él algunos rasgos. Sobre todo su carácter de diplomático. Investigador y compilador incansable, trabajó en los archivos de Ager, de Gerri, de Sant Cugat, dieciséis años en el capitular de Barcelona. Hemos hablado antes adrede de las grandes empresas diplomáticas de esta segunda mitad del XVIII; Caresmar participó intensamente en dos de ellas: con sus compañeros de Bell-

puig de les Avellanes, los padres Pasqual y Martí, en los «*Monumenta Cathaloniae*»; por encargo especial del rey de Francia en el Diplomatario general de este reino: las copias de Caresmar en la Collection Moreau de París son hoy día para nosotros de un valor positivo. Cabe aquí resaltar que el volumen 28 de la *España Sagrada* se debió a su información; en el mismo se dice a su propósito que «es hoy el depósito y rico mineral donde se halla todo cuanto hay que saber del Principado de Cataluña».

Como historiador de Cataluña nos legó sobre todo la célebre carta al Barón de la Linde sobre la *Población de Cataluña* «en la cual se prueba ser Cataluña en lo antiguo más poblada, rica y abundante que hoy». Las modernas investigaciones han venido a reforzar en gran parte, y prescindiendo de las acumulaciones de los núcleos ciudadanos, la tesis del P. Caresmar. En su tiempo la Carta tuvo gran resonancia a juzgar por los numerosos manuscritos que de ella nos quedan.

El P. Caresmar había entrado en la Academia en 1750 y había colaborado en la obra del Marqués de Llió, pero con la muerte de éste se esfumó su participación académica. Precisamente en la Academia y en la persona del P. Boria de Llinás encontró, en sus grandes conflictos hagiográficos, su mayor enemigo. Contra él pueden leerse en un manuscrito de nuestra Biblioteca estos versos:

Un blanquillo con valona
 sujeto de poco seso
 está deteniendo el rezo
 de Eulalia, nuestra patrona.
 Con motivo Barcelona
 dirá de este gran jumento:
 Que se vuelva a su convento,
 pues que todo esto dimana
 de ser él una avellana
 que no tiene nada dentro.

No era esta la opinión de su gran valedor el P. Flórez, ni la del P. Traggia, que le calificó de «Mabillon catalán».

Astro menor, aunque apreciable, y con el mismo signo diplomata, fué el académico Juan Sans de Barutell, nacido en Barcelona en 1756, gran amigo de Félix Torres Amat y marino de profesión, doctorado antes en Cervera en Derecho y Filosofía, buen latinista y conocedor de la literatura clásica. También él investigó y copió en varios archivos españoles y especialmente en el de Barcelona para colaborar en la proyectada «Colección diplomática general de España»

de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la que también fué miembro.

En 1781 ingresaba en nuestra Academia don Antonio de Capmany y de Montpalau, nacido en Barcelona en 1742. Sus *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Madrid, 1779, escritas por encargo y sufragio de la Junta de Comercio de nuestra ciudad, son harto conocidas para que nuevamente hablemos de ellas. Rubió y Lluch hizo notar que con ellas «por vez primera, poniendo remedio al olvido injusto de las actividades humanas distintas de la política y de la guerra, las artes de la paz y del progreso se consideraron dignas de ser presentadas ante el tribunal severo de la Historia»; con ellas, Capmany, «levantó a las de nuestra ciudad ... un soberbio monumento que todavía hoy se hace admirar, tanto por lo grandioso y acabado del intento, como por la espléndida edición en que se publicó y la inusitada subvención oficial que a su egregio autor se concediera»; «grandioso esfuerzo (que) puede ponerse junto a las más señaladas obras de la erudición europea». Capmany nos dió también la primera y básica edición moderna del *Código de la costumbres marítimas de Barcelona, vulgarmente llamadas Libro del Consulado*, Madrid, 1791.

Si la obra de Capmany tiene aún hoy un valor actual, no puede decirse lo mismo de la *Historia crítica de España* del padre jesuita Juan Francisco Masdeu, a pesar de la enorme popularidad que alcanzó en su tiempo. El P. Masdeu había nacido ocasionalmente en Palermo en 1744, pero era de familia barcelonesa; hizo sus estudios en el colegio de Cordelles e ingresó en la Compañía en 1759. Fué en Italia, en Ferrara, donde, emigrado a consecuencia de la expulsión de la Orden, empezó en 1781 su *Historia crítica*. De temperamento extremista y arrebatado, llevó una vida literaria intensa y tumultuosa dedicada preponderantemente a la polémica: en Italia cierto opúsculo le valió una condena de tres meses de presidio y la quema del impreso; sólo por la intervención del embajador de España pudo liberarse de la pena personal. Fueron estas características tempestuosas las que informaron su *Historia crítica de España*, obra de intuición con rasgos luminosos evidentes, pero con lamentables caídas debidas a su posición hipercrítica. En Cataluña el docto y humilde padre Olzinelles, de Ripoll, dejó manuscrita una refutación excelente a su posición destructora sobre la falsedad en general de nuestros documentos carolingios. No fué todo revolucionario en la obra de Masdeu: entre sus innumerables trabajos dejó sin publicar, por ejemplo, una *Colección anticuaria de la España romana*, en varios volúmenes de inmenso trabajo y mucha erudición en los que

se reunieron textos e inscripciones relativos a geografía, divinidades, emperadores, funcionarios imperiales y municipales, ministros sagrados, ejército, familia, espectáculos, arquitectura y escultura, mecánica; un repertorio impresionante por su ambición. La Academia acogió en su seno al P. Masdeu en 1795 durante una de sus temporales estancias en Barcelona; amigo íntimo de Torres Amat, nos cuenta éste en su Diccionario numerosas anécdotas de su bullicioso temperamento.

* * *

El Dr. Riquer, en su *Breve historia* que precede este trabajo, explica las difíciles y tumultuosas condiciones en que vivió la Academia durante el primer tercio del siglo XIX. Un nombre señero descuella en este período, el de don Próspero de Bofarull que, con dos breves intervalos, presidió la Corporación desde el año 1822 hasta su muerte en 1859.

De su recia personalidad, de su inmensa labor archivística, se ocupa nuestro colega don J. Ernesto Martínez Ferrando. Aquí sólo debemos hacer hincapié a su obra histórica sobre Cataluña. *Los Condes de Barcelona vindicados*, Barcelona, 1836, le acreditan, al decir de Rubió y Lluch, como «el verdadero restaurador de los estudios históricos en el siglo XIX en Cataluña»; «la sólida construcción benedictina de Bofarull desafía el paso de los años, y aunque en algunas de sus partes se presenten grietas y en otras se hacen hoy necesarias adiciones que la completen, todavía es guía segura y fundamental para los modernos historiadores de nuestro Principado». Estas palabras de Rubió, escritas en 1913, continúan siendo actuales aún hoy día. *Los Condes vindicados* siguen siendo libro imprescindible de consulta y referencia para todo historiador que quiera ocuparse de nuestra época condal. Es cierto que han sido superados en ciertos aspectos; a Bofarull, investigador excelente, le faltaba una erudición histórica general, inexcusable para la comprensión de ciertos aspectos; no obstante logró desbrozar — con la ayuda humilde, desinteresada y muy valiosa del buen P. Olzinelles de Ripoll — muchas de las tradicionales confusiones que se venían arrastrando en nuestra historia desde los días de las *Gesta comitum Barcinonensium*.

A Bofarull debemos también la reimpresión valiosa de la *Crónica de Cataluña* de Jerónimo Pujades, 1829-30, edición que popularizó esta obra donde, al lado de tanta leyenda y fantasía, tanto dato histórico se nos ofrece que de otro modo se hubiera perdido.

Entre los numerosos compañeros de don Próspero que trabajaron la historia seriamente, algo aturridos por el fulgor dominante del

maestro, dos de ellos son aquí de citar, recibidos como fueron en el seno de la Academia en 1835: don Jaime Ripoll y Vilamajor y don Andrés Avelino Pi y Arimón.

El canónigo de Vich, Ripoll, originario de la comarca de Solsona, infatigable escrutador de los archivos capitular y episcopal ausetanos, fué el especialista de la pequeña monografía. Entre 1814 y 1843, año de su muerte (había nacido en 1775), publicó hasta 64 pequeños opúsculos que en junto sumaban más de 360 páginas. Es una colección interesantísima donde se transcriben y comentan, con sagaz crítica, lápidas, inscripciones y documentos inéditos de toda clase. Nuestro Balaguer y Merino estableció la lista de estos opúsculos, dispersos, en el volumen III de las *Memorias de la Academia*, 1880. Del canónigo Ripoll procede el monetario de la Academia y el célebre ejemplar de la Gramática de Mates.

Pi y Arimón, natural de Barcelona, nacido en 1793, de familia humilde, preparó la carrera sacerdotal en el Seminario Episcopal, pero vió interrumpidos sus estudios en 1808 a causa de la invasión francesa. Tomó parte activa en la guerra y a su regreso en Barcelona, 1814, ejerció varios cargos de Intendencia militar. Nombrado en 1835 de la Comisión encargada de recoger los libros y papeles de los suprimidos conventos, fué tal la eficacia con que cumplió su cometido que la Academia le acogió en su seno; dos años más tarde le confiaba el cargo de archivero.

Resultado de sus trabajos e investigaciones fué la publicación de varias monografías y especialmente de la tan conocida obra *Barcelona antigua y moderna*, que vió la luz en Barcelona en 1854, tres años después de su muerte.

* * *

En los últimos años de la presidencia de Próspero de Bofarull ingresaban en la Academia dos personalidades contradictorias que habían de legarnos sendas historias de Cataluña de considerable volumen: Antonio de Bofarull y Brocá, en 1852, y Victor Balaguer, en 1853.

Con la *Historia de Cataluña*, Barcelona, 1863, de Balaguer, entra en nuestra historiografía la ola del romanticismo. Prescindiendo de toda idea crítica, allí se ensartan en pomposo y declamatorio estilo todas las leyendas y fantasías transmitidas por el falso Boades y por el iluso Pujades, todo el ardor patriótico de libertad y progreso que animaban al autor y a su época. Massó y Torrents pudo decir que todas las Englantinas de los Juegos Florales tenían en la

Historia de Balaguer su origen. Ello hizo su obra eminentemente popular.

Pero ello produjo también la correspondiente reacción erudita. No en vano pasó Antonio de Bofarull cuarenta años en los Archivos. Su respuesta a Balaguer, la *Historia crítica, civil y eclesiástica de Cataluña*, Barcelona, 1876-1878, en nueve volúmenes de gran formato, es obra erudita y documentada, analística, de lectura penosa e indigesta, dominada por la tendencia polémica; pero no deja de representar un esfuerzo considerable, servido por un espíritu analítico perspicaz y sutil. Bofarull fué el traductor de nuestras grandes Crónicas y, trabajador incansable, nos dió también una voluminosa *Historia crítica de la Guerra de la Independencia*, Barcelona, 1876-1877.

No ofrecemos aquí semblanzas biográficas de ambos autores que hallarán en otros artículos su justo lugar: Balaguer como literato, Bofarull como archivero. Pero sí es conveniente señalar que con ellos se reanuda la tradición de nuestras historias generales interrumpida desde los tiempos de los *Anales de Cataluña*, de Narciso Feliu de la Peña, Barcelona, 1709; y con ellos se confirma la característica de convivencia dentro de la Academia al margen de opiniones y criterios personales y científicos.

* * *

Siguiendo el proceso de la representación historiográfica catalana en el seno de la Academia es interesante notar como viene seriado por etapas que representan otras tantas generaciones de estudiosos. Hemos procurado nosotros ceñirnos en nuestra exposición a esta característica real que afecta a la vez personas y corrientes de erudición.

A la generación de Próspero de Bofarull sigue la generación Balaguer-Bofarull y de Brocá; a ésta, la generación que presidieron Milá y Fontanals y Rubió y Ors. Entre 1876 y 1879 hacen su entrada en la Academia los historiadores Andrés Balaguer y Merino, José Pella y Forgas, Antonio Aulestia y Pijoan, José Balari y Jovany, José Coroleu Inglada, a los que debe añadirse Guillermo María de Brocá, por más que ingresado unos años más tarde, en 1890.

Sin dejar de cultivar la historia general de Cataluña — y típico exponente de ello es la *Historia de Catalunya*, Barcelona, 1887-1889, que publicara don Antonio Aulestia en catalán, apreciable manual escrito con prudente crítica y escogida información —, predomina ya la especialización monográfica y muy particularmente el aspecto institucional. Por vez primera nuestros historiadores académicos se lanzan al estudio y presentación de las instituciones políticas y jurídicas catalanas medievales.

A la colaboración de los señores Coroleu y Pella se debieron dos obras iniciales: *Las Cortes catalanas*, Barcelona, 1876, y *Los Fueros de Cataluña: Descripción comentada de la Constitución histórica del Principado de Cataluña*, Barcelona, 1878, que demuestra un buen conocimiento de nuestros monumentos históricos legales, acompañado de indicaciones y comentarios estimables.

El señor Coroleu intervino además intensamente en la edición de la *Colección de las Cortes de Cataluña*, publicada por la Real Academia de la Historia. Por su parte Pella, que con su *Historia del Ampurdán*, Barcelona, 1883, había iniciado la historiografía comarcal, nos proporcionó un resumen de tipo popular de los anteriores estudios institucionales políticos en sus *Llibertats i antic govern de Catalunya*, Barcelona, 1905.

De José Balari y Jovany, básicamente filólogo, hay que hacer resaltar su importante aportación en este sector de historia de nuestras instituciones. Con sus *Orígenes históricos de Cataluña*, Barcelona, 1899, estudia los problemas referentes a la formación de los *Usatges* y a los principales elementos e influencias originarias que informaron nuestro antiguo Derecho, allegando para ello sus amplias investigaciones archivísticas, novedad que contrasta por desgracia con su olvido de la literatura técnica correspondiente.

Pero quien de todos ellos logró una mayor significación como historiador de nuestro Derecho fué Guillermo María de Brocá y de Montagut. Coronación de una serie de tupidas monografías fué su obra fundamental *Historia del Derecho de Cataluña, especialmente del civil*, Barcelona, 1918; obra inacabada, pero que en su primer y único volumen nos da el tratado más completo que sobre la historia externa del Derecho catalán existe aún hoy día. Obra de vasta erudición histórica y jurídica, hija de largas investigaciones archivísticas y bibliográficas, de meditada estructura, donde los profundos conocimientos jurídicos del autor se acompañan de la utilización más cuidada de toda la literatura extranjera y nacional concerniente a su tema.

* * *

No sabría diseñar mejor lo que representa para la Academia la generación que ingresó a principios de nuestro siglo XX, que reproduciendo unas palabras de nuestro malogrado presidente, el señor Valls y Taberner, en un discurso sobre *Els estudis històrics... a Catalunya durant el primer quart del segle XX*. «Una venerable institució literària — decía el señor Valls — de la qual havien format part tots els grans representants del moviment històrico-arqueològic

de Catalunya en la segona meitat del segle XIX, i que només per això ja ens hauria de merèixer veritable simpatia, la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, assoleix, precisament en començar la present centúria, nous impulsos d'activitat: augmenta les seves publicacions ordinàries amb l'edició d'un Butlletí, afegeix nous volums a la sèrie de les seves Memòries i, amb la impressió dels discursos llegits en les successives recepcions acadèmiques, enriqueix la bibliografia històrica catalana. Si volguéssim personalitzar, hauríem de dir que aquesta renovada vitalitat fou deguda sobretot a la tasca entusiasta i copiosa de dos acadèmics que aleshores feia poc que havien ingressat: Joaquim Miret i Sans i Francesc Carreres i Candi. A ells es degué també la celebració a Barcelona del primer Congrés d'Història de la Corona d'Aragó, en relació molt directa amb l'Acadèmia... Mitjançant el nomenament de socis corresponents, l'Acadèmia establí relacions, més nominals i honorífiques que efectives, amb la majoria dels historiadors comarcals i locals de Catalunya».

Joaquín Miret y Sans y Francisco Carreras Candi, y a su lado Andrés Giménez Soler, Fernando de Sagarra y de Siscar, Eduardo de Hinojosa y Naveros, Antonio Elías de Molins, Salvador Sanpere y Miquel y Joaquín Botet y Sisó, forman la pléyade de historiadores que ilustran nuestra Academia en los albores del siglo. Al margen de la obra particular, personal, de cada uno de ellos, obra considerable que no vamos a detallar, pues está en la mente de todos y tiene aún un interés y utilización actualísimos, interesa señalar su especial aportación a la obra conjunta académica.

Como hace notar Valls y Taberner, es el momento en que la Academia reemprende la publicación de sus *Memorias*, da nuevo impulso a la colección de *Discursos de recepción* y, sobre todo, inicia la publicación periódica de su *Boletín*. El antiguo ideal de la obra conjunta que inspirara siglo y medio antes al Marqués de Llió, vuelve en cierto modo a renacer. Ya no será el mismo, pues no en vano pasa el tiempo; hemos llegado a la época de especialización. No cabe pensar en la elaboración completa corporativa de una Historia de Cataluña; precisa antes la tarea ingente e indefinida de preparar sus elementos: estamos de lleno en el reino de la monografía. Y es en este sentido que se enfoca el trabajo académico. El *Boletín* será durante casi un decenio, hasta la aparición de los *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* y de la nueva modalidad històrica de los *Estudis Universitaris Catalans*, la única revista històrica que traducirá en nuestro país la nueva concepción de trabajo. Será entre nosotros como el precursor del gran florecimiento de la producción històrica que caracteriza el corriente siglo XX.

Es en las publicaciones académicas de los albores de siglo donde se encuentran, por ejemplo, los fundamentales trabajos sobre *El poder judicial en la Corona de Aragón*, de Giménez Soler ; *Importancia de la Sigilografía como ciencia auxiliar de la Historia*, de Fernando de Sagarra ; *Lo Montjuich de Barcelona*, de Carreras Candi ; *Los vescomtes de Cerdanya, Conflent y Bergadá*, de Miret y Sans ; *Origen y vicisitudes de la pagesia de remensa en Cataluña*, de Eduardo de Hinojosa ; *La població dels ducats catalans a Grecia*, de Rubió y Lluch, etc., etc. La enumeración se haría interminable y por otra parte el lector puede encontrarla inventariada en el volumen XV de nuestro *Boletín*, donde se insertan las *Taules de les Publicacions de l'Acadèmia*, 1756-1930. Barcelona, 1933. Con la generación del 1900 se produjo uno de los momentos más brillantes de la vida de nuestra Real Academia en el cultivo de la historia.

* * *

Con él hemos llegado casi al final de esta presentación. La nueva generación que ingresa en la Academia por los alrededores del 20 es contemporánea de buena parte de nosotros y fuera ocioso querer recordar aquí su obra personal que consultamos todos los días y está viviente entre nosotros. Apuntemos sólo los nombres : José María Roca (1918), Daniel Girona y Llagostera (1919), Fernando Valls y Taberner (1920), el P. Ignacio Casanovas (1921).

* * *

Sólo nos resta ya aludir a un aspecto especial histórico íntimamente ligado a la vida de nuestra Academia : la historiografía de la misma.

Iniciase desde el primer momento con el fundador Marqués de Llió en el primer volumen de las *Memorias*, que en su prólogo se ocupa del «Origen, Progressos y su primera junta general baxo la protección de Su Magestad, con los papeles que en ella se acordaron», Barcelona, 1756. Casi dos siglos más tarde Miret y Sans publicó en el volumen IX de nuestro *Boletín*, Barcelona, 1921, su artículo : *Dos siglos de vida académica*. En el mismo *Boletín*, correspondiente al año 1917, el académico don Ernesto Moliné y Brasés se había ocupado de la fugaz vida de *La Acadèmia dels Desconfiats*, precedente de la nuestra.

Estas tres publicaciones se refieren exclusivamente a la actividad académica. Pero dentro de un campo más amplio, extendido a todo el sector histórico catalán y comprensivo por tanto de la específica ac-

tividad histórica de la Academia, cabe señalar una serie de trabajos de historiografía que tienen el denominador común de haber sido todos producidos por miembros esclarecidos de la misma.

Cronológicamente, el *Diccionario de autores catalanes*, Barcelona, 1836, de Félix Torres Amat, con sus numerosos e interesantes capítulos dedicados a los historiadores académicos contemporáneos suyos, y a los que le precedieron, abre la serie.

Sigue la *Sucinta reseña de las apreciaciones de cierto crítico acerca del movimiento histórico en Cataluña*, memoria leída en la sesión de la Academia el día 12 de mayo de 1877; Barcelona, 1877.

De mucha mayor envergadura fué el Discurso de recepción de don Antonio Elías de Molins, en febrero de 1903, sobre *Los estudios históricos y arqueológicos en Cataluña en el siglo XVIII*, Barcelona, 1903. Y obra eminente, como suya, la que don Antonio Rubió y Lluch dedicó a *La escuela histórica catalana*, al contestar el Discurso de ingreso de don Cosme Parpal y Marqués en sesión de abril de 1913, Barcelona, 1913.

Finalmente, en el *Boletín* de nuestra Academia, volúmenes XIII y XIV, respectivamente de 1928 y 1930, publicó don José Rafael Carreras unos *Estudis biogràfics d'alguns benemèrits patricis qui il·lustren aquesta Acadèmia*, trabajo muy meritorio que desgraciadamente quedó interrumpido.

Fuera del seno académico, pero siempre por compañeros nuestros, Valls y Taberner se ocupó, en una conferencia dada en la Biblioteca Nacional de Madrid con motivo de la Exposición del libro catalán celebrada en 1927, de *Els estudis històrics i arqueològics a Catalunya durant el primer quart del segle XX* (Valls y Taberner, *Obras selectas*, vol. I, Barcelona, 1952); y el P. Ignacio Casanovas de *La Cultura catalana del segle XVIII*, en un discurso leído en la segunda fiesta de la Unión interacadémica, Barcelona, 1932.

A todos estos trabajos he acudido para documentarme y completar mi información para el presente resumen; su valor actual es evidente y ellos representan, como dijimos, otro aspecto de las actividades históricas de la Academia: la historiografía.